

V.

Habia sonado la hora del sufrimiento para la hermosa Julia y para su amante.

A la hora acostumbrada retiróse don Juan de la Aduana, y se encaminó á su hogar.

—Ven, Julia, ven á mi lado, porque tenemos hoy mucho de qué hablar, le dijo á su hija en el momento en que ésta salió á recibirle y le besó cariñosamente la mano que él le estendia.

—Sí, hablarémos, repuso Julia, cuyo semblante pálido mucho mas que de costumbre, denunciaba, así como la frialdad de sus manos, el temor de que era presa en aquellos instantes.

—Hasta hoy, Julia mia, comenzó don

Juan, hasta hoy una torpe ceguedad, producida por mi inmenso cariño á tí, me había hecho olvidar que los tranquilos dias de la niñez habían pasado ya, y que, embellecida con las galas de la juventud, habrias de ser bien pronto seguida y solicitada por los jóvenes. Anticipadamente debí decirte lo que el mundo iba á ofrecerte en la nueva vida á que ibas á entrar: yo debí enseñarte á distinguir las frases vanas de la lisonja, las galanterías de los enamorados de oficio, las seducciones de los libertinos, de aquellas palabras sinceras que solo vierte el que siente abrasado su corazon por el fuego de un amor puro é inextinguible. ¡Ay! hija mia, yo no queria herir tu corazon al explicarte la maldad de los hombres, las injusticias de la sociedad, los dolores de la vida. Cuando fijaba los ojos en tí y te veia tan hermosa, temblaba al considerar que acaso habria de llegar un dia en que al nacer en tu corazon el amor, fueses á consagrarlo á algun jóven de una posicion social elevada, y tuvieses que sufrir, ó el ultraje de un rico que por su di-

CAPILLA ALFONSO
MIGUEL A. UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

nero se cree autorizado á arrebatár al pobre el caudal único que posee, el tesoro mas querido, la honra, ó llegases á verte menospreciada por una familia de esas que no consienten que sus hijos se casen, por virtuosa que sea la pretendida, si no puede dorar las manchas de un linaje oscuro ó hacerse respetar de una sociedad que tributa mas homenajes al dinero que á la virtud. Mis temores se han realizado. Hoy te he visto hablando con un jóven principal que, aun suponiendo que te amase como mereces, jamás se uniria á tí, porque eres pobre y te considerará su familia indigna de emparentar con ella. Sí, Julia, yo fuí tambien hijo de una familia rica, y aprendí á conocer esas odiosas preocupaciones sociales, esa cruel é injusta oposicion que hacen á los mas nobles sentimientos del alma, los que llaman conveniencia á lo que no es sino el sórdido interés y la prostitucion de esos sentimientos nobles.

A tí tan pura, tan generosa, tan inocente, llegarán á llamarte despreciada coquetuela

que ha tendido sus redes para mejorar su condicion é insolentarse despues. Ni tu hermosura, ni tu candor, ni tus lágrimas conmovrán nunca los empedernidos pechos de las personas que, ensimismadas, ofuscadas por el brillo de sus riquezas, se verán á tanta altura sobre tu pequeñez, que apenas se dignarán dirigirte una mirada de compasion, si no una sonrisa de desprecio.

Ni la vehemencia de mi cariño, ni la debilidad propia de mis años bastarian á contener mi enojo, si un día viesse ultrajado mi honor ó menospreciada la hija de mi corazón. ¡Moriria! y tú abandonada, sola en el mundo en los momentos en que las pasiones agitaban tu pecho, serias por algun tiempo la querida de un calavera, y acabarias por morir en un hospital, llena de vergüenza y de inútil arrepentimiento!.....”

¡Qué rudo fué el golpe que recibió el corazón de Julia al escuchar las palabras tremendas de su padre! De imaginacion ardiente y viva como era, recargó ella misma las tintas de aquel cuadro sombrío trazado por

la mano paterna, y sintió un pavor inexplicable á la sola idea de un porvenir tan criminal y bochornoso. Fué tan profunda la emoción que experimentó, que apenas pudo verter algunas lágrimas, sin articular una sola palabra.

Don Juan se retiró á su habitación, y cuando Julia tuvo fuerzas para hacerlo, sintió que la fiebre la abrasaba.

La noche que pasó, delirante, fué espantosa. Si grado á grado hubiese don Juan instruido á su hija, no la hubiera herido de tan inconsiderado modo. Pero era ya tarde, y Julia estaba ya enferma, y de un mal de esos contra los que se estrella la mezquina ciencia de los hombres.

VI.

El reloj de la parroquia daba las doce de la noche, y Emilio, de vuelta de la Lonja, iba ya á ponerse en trage de dormir, cuando vió entrar á la habitación á su padre, que era un señor como de unos de cincuenta años de edad; años que no habian debilitado ni la energía de su carácter, ni su afición á la carrera del comercio en que habia hecho su fortuna, no sin haber procurado, toda vez que le fué posible, defraudar á la hacienda pública, introduciendo pingües contrabandos.

No poca sorpresa causó á Emilio, la presencia de su padre á hora tan avanzada.

—Puesto que el día se hizo para el traba-

CAPITULO ALFONSO
MEXICO Y COMERCIO
U. A. N. L.

jo, comenzó, tomando asiento el padre de Emilio, no te interrumpiré mañana con el asunto que vamos hoy á arreglar. Antes de proseguir, creo conveniente recordarte mi inveterada costumbre de no oír replicar sino á los que comercian conmigo. He sabido que desde hace algun tiempo andas enamorado de una chiquilla, hija de un pobre empleado de la Aduana. Yo no puedo, no quiero, ni debo tolerar esos amores. Sobre ser tú muy jóven para pensar en el difícilísimo negocio del matrimonio, hay una circunstancia que me hará impedir esas relaciones. Ni tu posición pecuniariamente considerada, ni la clase á que perteneces, produce con la posición y clase de esa muchachilla la igualdad indispensable para que tal matrimonio pudiese merecer mi aprobacion. Jamás consentiré esos amores; tengo sueño, y no quiero desvelarme ni desvelarte. Una vez por todas te diré, que si en el término de dos meses aun persistes en tan descabellada idea, me veré precisado á enviarte al extranjero para que allí olvides ese loco entretenimiento.

Pronunciando estas últimas palabras se retiró dejando á Emilio confuso, aturdido.

Forjando proyectos que desechara tan pronto como concebía otros, estuvo Emilio horas enteras apoyado en el balcon de su recámara que daba al mar, y á donde habia acudido para que la brisa de la noche refrescase aquella frente en que ardían tantos pensamientos.

Comenzaban á vislumbrarse en el horizonte los primeros albores del astro del dia; las blancas velas de las lanchas pescadoras iban apareciendo, y la campana de la parroquia habia dado mucho rato antes el “Ave María,” y Emilio no habia encontrado un medio para salir honrosamente de aquella difícil situacion, en que veia comprometida no solo su caballerosidad, sino tambien la primera y mas santa de sus afecciones.

Conocia sobradamente la inquebrantable voluntad de su padre, para dar cabida en su corazon á la mas ligera esperanza.

Para agravar su sufrimiento, recordó que don Juan le habia sorprendido el dia ante-

rior hablando con su hija, y lastimó su corazón la sola idea de que Julia hubiese sido reconvenida por su padre y hubiese vertido una lágrima siquiera.

Rendido de cansancio, dejó el balcon y se recostó en su sofá de bejuco, descansando la cabeza en un blando cojin de plumas, forrado con el hermoso color que simboliza la esperanza, esa deidad misteriosa, la última que nos abandona cuando parece que toda la naturaleza se conjura en contra nuestra.

Mientras, Julia, devorada por la fiebre, pronunciaba de cuando en cuando, con palpable conmocion, esta sola palabra: ¡adios! repitiéndola, y como queriendo enjugar las lágrimas que creia estar vertiendo. ¡Desgraciada! ¡hasta el bien le habia arrebatado el cielo!

VII.

Un mes habia pasado desde aquel dia que tuvieron lugar las escenas descritas en los dos cuadros anteriores.

En vano habia pasado Emilio una y mil veces frente á la casa de don Juan, á aquellas horas en que solian hablar los dos amantes por la ventana; en vano habia ido á la orilla del mar, á la hora misteriosa del crepúsculo, aumentando allí con la evocacion de sus recuerdos más caros, la melancolía de su alma. Si al menos Julia le hubiese escrito ó mandado alguna noticia con Andrea, confidente de aquellos amores, hubiera sin duda sufrido; pero no habria apurado la amargura de la duda mas espantosa. Y la desespe-

EMILIA ALFONGINA
B. A. N. L.

ración de Emilio era mayor porque su padre le había exigido una resolución que no se había atrevido á dar, y solo quedaba un mes para que se cumpliera el plazo y se realizara la amenaza de enviarle al extranjero para alejarle de su amada.

Pero Julia había estado tan grave de la fiebre, que se puede asegurar que por espacio de veinte días no había dado una señal de razón. La compañera de sus paseos, preocupada hondamente con el estado de la que se llamaba su *niña*, no había abandonado por un momento la cátedra de la enferma, pero ni aun siquiera pensado en dar un aviso al amante de Julia.

Merced á los esfuerzos y consagración del doctor Pombo, que, á no vulgares conocimientos reúne una dulzura y bondad de carácter que le hace sumamente apreciable á los ojos de los que le tratan, Julia se vió libre de la muerte y entró en la convalecencia.

Apenas se sintió con las fuerzas necesarias, aprovechando el que su padre había ido

á la Aduana, hizo que su inseparable compañera le llevase todo lo necesario para escribir una carta á Emilio.

Hé aquí esa carta que revela una alma apasionada, pero incapaz de contrariar la voluntad paterna.

“Emilio de mi alma: Si supieras cuanto he sufrido al pensar lo que dirías de mí, porque desde aquel triste día en que papá nos sorprendió hablando, no te he escrito, ni aun mandado á Andrea! Perdóname; fué tan rudo el golpe que recibí cuando papá me habló esa noche, y descorrió el velo que cubría mis ojos, que no pude resistir y caí enferma. ¡Ojalá hubiera muerto! Así no tendría hoy la cruel necesidad de decirte “adios para siempre.” Mi padre me ha dicho que tu familia jamás ha de consentir en nuestro enlace, y que no quiere, ni que tú me deshonres, ni que tu familia nos menosprecie. Yo te amo, Emilio, y te amaré toda mi vida con la pureza de un corazón que solo ha latido por tí. Te juro que no he de amar á otro. No

BIBLIOTECA ALFONSO
MAGNÁNIMO Y UNIVERSITARIA
D. N. E.

creas que esta promesa sea una de tantas como se prodigan en el mundo; no, te habla mi alma, lo siente mi corazón, y Dios que lee en el pensamiento de los hombres, sabe que jamás ha manchado mi boca una mentira. Además, yo debo morir, pues la fiebre me ha dejado sumamente mal. Si me amas, como tantas veces me lo has jurado, te ruego que creas que no existo, y no pretendas contrariar la voluntad de tus padres ni la mía, doblegada ante la voz paternal. Por nuestro amor de mejores días te ruego, Emilio, que no me contestes una sola palabra; tal vez quebrantaría mi propósito al escucharte, porque te amo con delirio; pero no, prefiero morir y tu nombre será la última palabra que mis labios pronuncien al acabar para mí esta vida, tan rosada, tan hermosa al principio, y tan negra y llena de amarguras después.....”

Signen aquí aquellos desahogos tan naturales en una joven de alma tierna y enamorada, expresados en esas frases dulcísimas

para el que ama, pero que provocan una sonrisa á los que pretenden disimular su carencia de sentimientos blasonando ser amigos de la pureza de dición y de las bellezas literarias.

Cuando Julia hubo concluido su carta, la cerró, y al entregarla á Andrea para que la llevase á su destino, un torrente de lágrimas inundó su semblante, y de sus labios se escaparon gemidos de dolor intenso. ¡Pobre Julia! aquel llanto era un bálsamo para su corazón enfermo. Si no hubiera al fin logrado llorar, la muerte la habría llamado con presteza.

¿Habeis llorado alguna vez, agobiados por un pesar supremo? Si lágrimas bienhechoras han mitigado vuestro dolor, no necesitais de mis palabras; si nunca habeis llorado, no las comprendereis.

Emilio, al recibir aquella carta, creyó que un paraíso de felicidad se abría para él; pero luego que la hubo leído, y que se resignó á aquel dolor, procuró serenarse y se dirigió al despacho de su padre.

—Faltan ocho dias de vuestro plazo, y vengo á deciros que dispongais de mí como mejor os plazca, si no consentís en mis relaciones.

—Muy bien, contestó lacónicamente el comerciante.

VIII.

Dos años despues de los sucesos referidos, volvemos á encontrar á los personajes de esta historia. Durante ese tiempo nada ha sucedido que merezca referirse detenidamente, y puede compendiarse en muy pocas palabras.

Emilio partió para los Estados-Unidos del Norte, se perfeccionó en el inglés y adquirió algunas nociones más de las que ya tenia de comercio. Su vida, como la de la mayor parte de los jóvenes que se ven libres completamente en tierra extraña, fué no diré disipada, pero sí consagrada á sentir lo menos que fuese posible ese que llaman peso de la existencia; mucho mas para él, que aun en

CAPITULO ALFONSIÑA
D A N L

medio de los placeres con que pretendia aturdirse para no sufrir con el recuerdo de sus desgraciados amores, recordaba á aquella vírgen hermosa y pura, que le habia consagrado los primeros latidos del corazon, los primeros pensamientos del alma, y que, enferma y triste, contaba las horas de una vida que ya no amaba.

Julia, verdad es que supo arrostrar todos los dolores de una separacion, que pudo resistir la gravedad de la fiebre; pero quedó tan delicada y débil, que cada dia le era mas perjudicial el ardiente clima de Veracruz. Aquella alma se consumia lentamente al fuego oculto de un amor que ardia en su corazon, por mas que de sus lábios no se hubiese escapado una queja ni un suspiro, y que de sus ojos no corriesen las lágrimas con que las mujeres demuestran sus dolores verdaderos y fingidos.

Julia, cuando su padre trabajaba en la Aduana, y cuando dormia abrumado por el cansancio, sola en su habitacion, sin una alma compañera, entregada á sus tristes pen-

samientos, evocaba la sombra querida de su amado ausente, y se reprochaba algunas veces no haber arrostrado todo lo horrible y espantoso de su porvenir, dando pábulo á su pasion al lado del hombre que tanto amaba, y por cuyo cariño hubiera dado una vida que ningun encanto y atractivo tenia desde aquel momento en que se marchitaron las flores que formaban la cadena que unia sus corazonces.

Así pasaron, pues, los dos años que siguieron al dia en que vimos separarse á los amantes; volvemos hoy á encontrarlos, pero en otro teatro y bajo muy diversas condiciones.

El doctor Pombo hizo presente á don Juan que si su hija permanecia en Veracruz, la tísis que amenazaba consumirla lograria su fin destructor, y que solo podria evitarse aquel mal, trasladándola á la Capital de la Nacion, por su hermoso clima, ó bien á otra poblacion en que la pobre jóven disfrutase la benéfica influencia de un temperamento adecuado á las necesidades de la enferma.

Don Juan no vaciló un momento.

Amaba demasiado á su hija para no adoptar al instante los prudentes consejos del entendido doctor; además, cruzaba por su pensamiento, dia y noche, la idea de que él habia imprudentemente conducido á su hija á ese estado.

Reunió, pues, una cantidad, si no considerable, sí bastante para emprender el viaje á México, y sostener aquí una casa por el espacio de seis ó mas meses.

Pidió una licencia para dejar su destino durante aquel viaje, y lo emprendió en union de Julia y de Andrea.

La jóven, dócil á los mandatos de su padre, nada objetó, pero sintió en su corazon algo muy doloroso; en su alma algo muy triste al alejarse de aquella modesta casita en que pasó los mas hermosos dias de su vida. Pensó que ya no volveria á pasearse á orillas del mar á la hora del crepúsculo, y suspiró al abandonar la maceta que contenia sus flores predilectas, y que no podia trasportar á México, porque su clima frio secaria sus ho-

jas. Julia pensó tambien, y como quien quiere ocultarse hasta á sí mismo sus pensamientos, en que no podria saber el dia en que Emilio volviese de los Estados-Unidos.

Con estas ideas hizo Julia el viaje.

Los hermosos paisajes de que está sembrado todo el camino, que del primer puerto conduce á la Capital de la Nacion, halagaron sin duda á Julia, para quien las bellezas de la creacion no eran un misterio; pero aquel cielo azul, aquel accidentado terreno, aquellas montañas cubiertas de verdor, aquellos arroyos que corrian como sierpes sobre el oscuro manto verde de los cerros, no traian á su alma los recuerdos que alimentaban su vida.

Ese espectáculo que llaman monótono los que no se abisman ante la grandiosidad del Océano, de las olas que vienen sin cesar á morir en la arena; esa continua agitacion de las aguas, que remeda el pensamiento del hombre; todas esas escenas que disfrutan los que han nacido en la costa, ó surcado el líquido elemento, tenian mayor encanto para

CAPILLA ALFONCINA
U A N T.

Julia que las bellezas que desde la ventanilla de la diligencia iba contemplando.

El lejano rumor de las aguas no llegaba á sus oídos, y aquella voz hacia alta á su corazón.

IX.

Muy poco tiempo hacia que don Juan y su hija residian en México, cuando el padre de Emilio fué acometido en Veracruz de una grave enfermedad que debia conducirle al sepulcro. Avisósele inmediatamente á Emilio por el primer buque que salió del puerto, y á poco llegó en el paquete americano, notablemente variado, pues el clima de Nueva-York le habia convenido tanto, que en tan corto tiempo perdió ese color mate exagerado de los que han nacido á orillas de Golfo. Su bozo decidióse á ser un hermoso bigote, y una barba no escasa le daba un aire completamente varonil. Veinticinco años tenia á la sazón, y cualquiera que lo hubiese visto

bia venido á México; pero no á ostentar ni á gastar en unos dias el fruto de largos años de trabajo y privaciones.

Julia era modesta, es cierto; pero no por eso queria contrastar en su traje con la elegancia y lujo de las mexicanas.

Salía, pues, muy poco, y eso, sin pretender mezclarse en las reuniones de una sociedad que no conocia, á quien su padre le habia descrito hipócrita y falsa, y que rara vez concede al mérito el homenaje que rinde á la riqueza y al poder, por mas que el crimen suela borrar todo título al aprecio de las gentes honradas.

Los dias pasaban, y Emilio no hallaba á Julia.

El, como rico, tenia relaciones y concurría á espectáculos de que estaban muy distantes don Juan y su hija.

Resuelto á no salir de México sino despues de haber encontrado á Julia ó á su padre, Emilio, ya cansado de la vida de los hoteles, cuyo servicio, en lo general complace poco, tomó el entresuelo de una casa

en la calle de *** y lo amuebló decentemente.

Habitaba en las piezas altas uno de los médicos mas afamados entonces, cuyo nombre se leia en la puerta, grabado sobre una brillante plancha de metal.

En aquella misma calle existia una de esas casas de varios departamentos ó viviendas, ocupadas por familias que, bajo un mismo techo puede decirse, no se tratan ni ayudan para nada.

Allí vivian don Juan y Julia y la vieja Andrea.

¡Qué ajeno estaba el enamorado Emilio de que á corta distancia de su habitacion habia otra en donde un ángel de bondad pedía al cielo que un jóven viajero fuese feliz donde quiera que se hallase!

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
U. N. A. M.